

PERRY MASON

EL CASO
DE LA ENFERMERA
FUGITIVA

ERLE STANLEY GARDNER



Janet Morris, cliente de Perry Mason, es acusada de envenenar a su marido, el Dr. Morris, que había fallecido en un accidente de avión. Pero en realidad, no había fallecido, sino que había fingido su muerte para poder escapar a México con su amante. El fallecido en el accidente de avión es Kirby David, y ahora Janet Morris es acusada de la muerte del señor David.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BOOMER Charlotte: Anciana tía de Darwin Kirby; una parálitica que parecía viajar con asombrosa velocidad, a pesar de su silla de ruedas y de la vigilancia del personal del sanatorio donde estaba hospitalizada.

BURGER Hamilton: El fiscal del distrito cuyo iracundo rostro aparecía en las primeras páginas de todos los periódicos mientras Mason, el culpable de sus arrebatos, se reía solapadamente.

CASTELLA Ramón: Un hábil truhán complicado en una serie de fechorías.

DRAKE Paul: La mano derecha de Mason. Su larguirucha y desgarbada figura, así como sus dormidos ojos, ocultaban una vigilancia de lince al mismo tiempo que una admiración sin límites hacia Perry Mason.

FOSS Gladys: La enfermera de formas esculturales y con mucha inteligencia para apostar a las carreras de caballos. Era una fugitiva a la que nadie lograba seguirle la pista.

HURLEY Carl: Un lugarteniente del fiscal del distrito y que fue rápidamente reemplazado cuando su aleccionado testigo fracasó en el intento de engañar a Mason.

KIRBY Darwin: El esposo, desaparecido desde hace varios años, de Millicent Kirby. Habita en una isla provista de pal-

meras y muchachas del trópico y fue la última persona que vio con vida al doctor Malden.

KIRBY Millicent: Una añagaza jurídica echó a perder su matrimonio y, después de cuatro años de estarle pagando a su marido una extorsión legal, tenía la esperanza de que hubiese muerto.

MALDEN Summerfield Doctor: Un relevante cirujano sobre el cual se discute si se mató o no, en un accidente aéreo, y si efectuó un fraude de cien mil dólares al impuesto sobre la renta.

MALDEN Steffanie: Tercera esposa del doctor Malden, se había casado con él por su dinero y no quería permitir que le descontasen un solo centavo de la herencia.

MASON Perry: El célebre abogado.

STREET Della: La insustituible secretaria de Mason, enterada de todas las cosas que éste conoce sobre sus clientes y, quizá, de algunas más.

TELFORD Juez: Consciente de la habilidad legal de Mason, disfruta, con judicial imparcialidad, de dos fulgurantes recursos del célebre abogado.

Prólogo

Pocas personas tienen una idea clara de cuáles son las funciones de un *coroner*^[1]. Desgraciadamente, esta ignorancia es compartida por muchos *cononers*.

Por esta razón, los que propugnan el «sistema del investigador médico» desean abolir el cargo de *coroner*, y varios Estados de la Unión han presentado los anteproyectos de las leyes necesarias para llevar esto a cabo.

Hay, sin embargo, varios ejemplos de relevante capacidad en el cargo de *coroner*. Uno de ellos es el doctor R. S. Gerber.

El doctor Gerber ha sido *coroner* del condado de Cuyahoga, Ohio, desde enero de 1937. (El condado de Cuyahoga incluye la ciudad de Cleveland y sus suburbios y tiene aproximadamente millón y medio de habitantes).

El doctor Gerber era médico y cirujano cuando fue nombrado *coroner*. A partir de aquel momento, al darse cuenta de hasta qué punto los problemas legales entraban en las funciones de un *coroner*; el doctor Gerber se las compuso para insertar en su apretado calendario un curso nocturno de Derecho, llegando a ser admitido en el Colegio de Abogados de Ohio en 1949.

Esto otorga al doctor Gerber la distinción de ser uno de los pocos individuos totalmente capacitados tanto en el campo de la medicina como en el campo del derecho.

Un buen *coroner* debe ser un experto en la interpretación de las pruebas. Debe saber, por tanto, lo mismo desde un punto de vista legal que desde un punto de vista prácti-

co, lo que es una prueba. Debe comprender el problema en sí que constituye la prueba. Debe ser un perito en medicina y, además de sus conocimientos técnicos, debe hacer uso de una lógica clara y de un sentido común sólido y ponderado.

Uno de los casos del doctor Gerber resulta muy revelador.

Se encontró el cadáver de un hombre al pie de un tramo de escalera. Había llevado un revólver cargado y sin el seguro puesto, y el arma se había disparado. En el cuerpo había una herida, a consecuencia de la cual el hombre había muerto.

La primera reconstrucción rápida de lo que había ocurrido indicaba suicidio. Luego hubo quienes concibieron sospechas sobre la posibilidad de un accidente debido a una caída por la escalera.

El doctor Gerber aplicó al caso sus conocimientos de medicina, su técnica científica, su experiencia sobre pruebas y su sentido común.

El resultado fue un ejemplo relevante de lo que en tales circunstancias puede lograr un hombre de experiencia.

El doctor Gerber llegó a la conclusión de que el hombre no había muerto por el disparo del revólver que llevaba, sino por un balazo de un arma distinta. Esto abrió un camino completamente nuevo a la investigación y, al final, se puso en claro que el hombre había disputado con un agresor, que había sufrido una herida que no fue inmediatamente mortal y que subió la escalera para buscar su revólver con objeto de defenderse contra un nuevo ataque o quizá para vengarse. Al volver a bajar la escalera con el revólver cargado en la mano, el hombre expiró a causa de la herida que había sufrido poco antes. Su cuerpo inerte había caído hasta el pie de la escalera y el revólver se había disparado en la caída.

Se trataba, por tanto, de un caso de homicidio, no de muerte por accidente ni de suicidio.

Hace años, el doctor Gerber se dio cuenta de la importancia del cargo de *coroner* en el ámbito de los desastres públicos. Desde entonces se le ha reconocido como autoridad sobresaliente en este campo tan poco estudiado.

Supongamos que hay una explosión acompañada por incendio o que una clínica se ha convertido en una trampa entre llamas. Puede ser posible identificar unos cuantos cadáveres, pero, la mayoría de las veces, un *coroner* se ve frente a montones de carne carbonizada que es todo lo que queda de las víctimas.

Consideremos los problemas legales que entraña esto. Si una víctima puede ser identificada, se puede cobrar el seguro de vida correspondiente a la misma. Con mucha frecuencia, en tales casos, a la compañía de seguros le interesa desorientar a la policía. Si el individuo no puede ser identificado, en muchos Estados es necesario esperar siete años antes de que el hecho de la muerte pueda establecerse legalmente.

¿Qué puede significar esto para una viuda?

Significa por una parte que la viuda podría recibir la indemnización del seguro cuando más necesidad tiene del dinero. Caso contrario, significa que la viuda tendrá que esperar siete años antes de reclamar el importe de la póliza. Además, durante este período de siete años, privada de los ingresos del marido, ha de pagar la póliza para que ésta siga vigente.

Desde luego ésta es una suposición exagerada, pero que muestra la enorme importancia que tiene el hecho de que un *coroner* se preocupe de reunir y conservar las pruebas para presentarlas en su día.

Hay otros problemas legales que es preciso resolver, como la autenticidad de los testamentos, la distribución de propiedades, la terminación de relaciones matrimoniales y muchas otras complicaciones de tipo familiar.

El doctor Gerber ha hecho un estudio en lo referente a la identificación en catástrofes. No es éste el lugar de estu-

diar el asunto ni siquiera de un modo general, pero en sí es una ciencia compleja que implica una coordinación cuidadosamente planeada de todos los esfuerzos desde el principio, el control del trabajo de las organizaciones de voluntarios, la reunión, conservación y correlación de pruebas, el uso de la fotografía, el examen espectroscópico, el de rayos X y la deducción científica.

Hay otros deberes propios de un *coroner* concienzudo y que mucha gente no aprecia en lo que vale.

El doctor Gerber ha hecho un estudio sobre las muertes producidas en accidentes de tráfico y sobre la mejor manera de prevenir tales accidentes. Ha compilado cuidadosas estadísticas relativas al efecto del alcohol en los accidentes de tráfico. Ha creado métodos para determinar la intoxicación alcohólica, interpretando los datos obtenidos por el análisis. Ha estudiado a fondo los fenómenos de la intoxicación, mostrando el efecto que causa el alcohol en el cerebro, en los centros del pensamiento y en la coordinación neuromuscular. Ha contribuido a reunir una tabla de porcentajes que se acepta ahora como incuestionable en los círculos de la medicina forense.

El doctor Gerber ha organizado uno de los más eficientes laboratorios de *coroner* que existen en el mundo. Este edificio es un monumento dedicado a la investigación científica en el campo de muertes repentinas y por accidente. La eficiencia de este centro está mereciendo la atención de todo el país. Decir que está muy por delante de todos los demás laboratorios dedicados a este tipo de investigación es como afirmar que la bomba atómica es un mejoramiento de los fuegos de artificio.

Este edificio es un tributo a la alta capacidad profesional del doctor Gerber, a la confianza que ha inspirado a los ciudadanos de Cleveland y un tributo también a los mismos ciudadanos de Cleveland.

Los que estamos familiarizados con el tema nos damos cuenta de que Cleveland está poniéndose rápidamente a la

cabeza en el campo de la investigación científica y de la medicina legal. Esta ciudad es un ejemplo estimulante de lo que puede hacerse cuando una comunidad responde en forma adecuada y ayuda al trabajo de un ciudadano sobresaliente.

Con toda probabilidad, las actividades del doctor Gerber han tenido como resultado *prevenir* muchas más muertes que las que ha sido llamado a investigar, a pesar del hecho de que estas últimas se cuentan por miles.

Necesitamos más doctores que se especialicen en este campo. Necesitamos un conocimiento más completo de lo que es la medicina legal y de lo que ésta puede hacer.

Los abogados en ejercicio necesitan saber más sobre la medicina legal y, también, todo el público educado y alerta necesita darse cuenta de la importancia del tema.

Con demasiada frecuencia, los ciudadanos creen que lo que hace un *coroner* es simplemente recoger cadáveres y que el cargo se concede como favor político a alguien que necesita ese empleo y que es un contemporizador jovial o uno que se mueve en el mundillo de la política.

En realidad, el cargo de *coroner* es un cargo de vital importancia. Aquí y allá, unos cuantos individuos sobresalientes han mostrado lo que eso significa para el público, han desplegado la necesaria competencia profesional para asumir todas las responsabilidades de la función que se les encomendó y han prestado, mediante el estudio y un duro trabajo, un relevante servicio público.

Creo que se admite generalmente que el nombre del doctor S. R. Gerber debe colocarse entre los que figuran a la cabeza misma de la lista. Merece el respeto y la admiración de todos aquellos que saben lo que está ocurriendo en este ámbito.

Por eso, expreso con el mayor placer mi profunda admiración hacia una figura relevante en el campo de los descubrimientos de crímenes, suicidios y asesinatos, y en la investigación de las muertes repentinas.

Así, dedico este libro a mi amigo:
S. R. GERBER, doctor en Medicina *Coroner* del condado
de Cuyahoga, Ohio.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, la secretaria de confianza de Perry Mason, depositó una lujosa tarjeta de visita en relieve sobre la mesa del abogado.

Mason miró la tarjeta y dijo:

—Señora Summerfield Malden. ¿Qué es lo que desea, Della?

—¿No le dice a usted nada el nombre? —preguntó Della Street.

—No. ¿Es que tenía que decirme algo?

Ella hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Ha salido en los periódicos. Se trata de Steffanie Malden, la esposa o, mejor dicho, la viuda del doctor Summerfield Malden. El doctor Malden iba volando en su propia avioneta a un congreso médico que va a celebrarse en Salt Lake City. El aparato se estrelló.

La secretaria notó que su jefe no recordaba bien el asunto. Continuó explicando:

—Los periódicos de ayer publicaron la crónica. El accidente se descubrió desde el aire antes de que hubiese transcurrido una hora. El aparato estaba en uno de los lagos secos del desierto. Dentro de la avioneta se encontró el cuerpo carbonizado del doctor Malden. Por lo visto, había tenido una avería, había tratado de hacer un aterrizaje de emergencia y se estrelló.

Mason asintió con una inclinación de cabeza:

—Ahora lo recuerdo. El doctor Malden tenía fama como cirujano, ¿no es así?

—Tenía mucho éxito no sólo como cirujano, sino como doctor de medicina general —repuso Della Street.

—Me imagino —comentó Mason reflexivamente— que la señora Malden quiere poner en claro sus derechos a la herencia, pero, ¿no opina usted, Della, que ésta es una prisa inusitada? Generalmente estas cosas se ventilan después del funeral. Se supone siempre que la viuda está postrada por el dolor.

—Esto de *se supone* está muy bien dicho —afirmó Della Street.

—¿Quiere decir que ésta no se muestra lo debidamente apenada?

—Bueno —respondió Della Street—, parece que está nerviosa e impaciente. Está vestida con elegancia y es joven y atractiva. No hace más que dar pataditas con el pie calzado con unos zapatos de cuarenta dólares, dejando al descubierto una bonita pierna envuelta en medias de nylon y teniendo en general el aire de que es una cosa muy distinta a la pena lo que tiene en su mente.

—¿Dice usted que es joven? —preguntó Mason—. ¿No era el doctor Malden un hombre de edad madura?

—Lo era. Ésta es su segunda esposa, creo, o quizá la tercera, por el aspecto que tiene. Parece un bombón.

—¿Qué edad le calcula usted?

—De veinticinco a veintiséis años. Tiene una hermosa figura y ella lo sabe. Se viste de la manera más adecuada para realzarla y con un gesto perfecto. Se ve que tiene dinero, se le nota en todos los detalles. Fue un juguete muy caro que hubo de mantener el doctor Malden. Eso puede usted apostararlo y ganaría la apuesta.

Perry Mason se echó a reír.

—Me deja convencido, Della. No sé qué haría sin esas femeninas observaciones que usted recoge. Probablemente, por mi parte, se me habrían escapado todos estos detalles.

—Con esta muchacha no se le habrían escapado —replicó Della Street—. Nada se le pasaría a usted por alto; ella misma se cuidaría de eso.

—Es una actitud bastante insólita para una mujer que acaba de quedarse viuda.

—No han pasado todavía veinticuatro horas desde la muerte del marido —corroboró Della Street.

—Bueno, dígame que entre, Della. Supongo que ella cuenta con que se le conceda una compasión llena de deferencia.

—Con lo que cuenta es con una *atención* llena de deferencia —dijo Della Street—. Está acostumbrada a exigirla.

—¿Exigirla? —preguntó Mason.

Della Street asintió con la cabeza y salió para introducir en el despacho a la visitante de Mason.

Steffanie Malden iba vestida con un conjunto gris perla de un caro tejido de lana de liviano peso y que moldeaba perfectamente las líneas de su figura. Una estola de visón plateado se arrollaba, como quien no quiere la cosa, en torno de sus hombros. Un gran anillo de diamantes centelleó cuando se quitó sus grises guantes de piel de gamo.

—Señor Mason —dijo, como si estuviera saludando a un amigo al que conociese desde hacía muchos años—, no puedo menos que empezar diciéndole lo mucho que agradezco su cortesía al recibirme sin que hubiéramos concertado previamente una entrevista. Tengo cierta idea de lo muy ocupado que está usted.

Lanzó una mirada a Della Street.

—Siéntese —dijo Mason—. No se preocupe por la señorita Street, mi secretaria. Está enterada de todo lo que yo sé respecto a mis clientes y, con toda probabilidad, de algunas cosas que no sé.

Hubo un ceño débilmente perceptible en el rostro de Steffanie Malden.

—Es un asunto muy embarazoso, *muy personal y muy confidencial* —repuso.

—Muy bien —contestó Mason—. Por tanto, la señorita Street tomará notas personales y confidenciales y se cuidará de que nadie pueda tener acceso a ellas.

—Es que... mire... apenas sé cómo empezar —dijo, cruzando las piernas y alisándose la falda color gris perla mientras fijaba la mirada de sus ojos de avellana en la puntera de su zapato izquierdo.

—Empiece usted por la mitad —dijo Mason.

Ella alzó rápidamente la mirada hasta él.

—Creí que iba usted a decir que empezara por el principio. Por lo menos, es lo que suele decir la gente cuando alguien ha hecho una afirmación como la mía.

—Bueno, vamos a no hacer lo que hace la gente —replicó Mason—. Algunas veces conviene más empezar por el medio y así no se está tan lejos ni del principio ni del final.

Ella soltó una risita excitada y nerviosa y empezó a explicar:

—Mi esposo era el doctor Summerfield Malden. Era un médico muy importante. Se mató en... en un accidente de aviación.

—Lo sé —dijo Mason—. Lo leí en los periódicos.

Hubo algunos segundos de silencio, luego ella se recobró como si su mente hubiese viajado a muchos miles de kilómetros de distancia y volviese al momento actual.

—Mire usted, mi marido estaba en apuros, señor Mason.

—¿Qué clase de apuros?

—A causa del impuesto sobre la renta.

—¿Qué le pasaba?

—El departamento del impuesto sobre la renta había estado revisando últimamente las liquidaciones de todos los doctores, en particular de los doctores de más fama y cuyos consultorios se ven más visitados.

Mason asintió con la cabeza. Ella continuó:

—Naturalmente, como usted sabe, un médico cobra con frecuencia sus consultas en metálico. No es raro que la gente lo haga así y... bueno, usted ya me entiende.

—¿Tenía su esposo una gran clientela? —preguntó Mason.

—Trataba a muchos pacientes con diatermia. Había un cuerpo de enfermeras que aplicaban los tratamientos y...

—También eran las enfermeras las que cobraban los honorarios, ¿no es así? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—Gladys Foss era su mano derecha, su jefa de enfermeras, la jefa de la oficina y todo lo demás.

—¿Se han entrevistado los investigadores con la señorita Foss?

—Sí, la han interrogado.

—¿Se la puede ver ahora?

—Por el momento, no. Yo no tenía la menor idea —continuó la señora Malden con cierto tono de despecho— de que Gladys iba a reunirse con mi marido en Salt Lake City.

—¿Se ha enterado usted ahora de que ése era el plan?

—Sí. El doctor Malden se puso de acuerdo con Gladys para que ésta fuese a Phoenix, Arizona, para recoger algunos datos de un hospital de allí. Pero el caso es que no está en Phoenix. Fue allí y luego desapareció.

—¿Cree usted que Gladys Foss iba a reunirse con su esposo en Salt Lake City?

—Vamos, vamos, señor Mason —replicó ella—, no seamos ingenuos.

—¿Qué otra cosa puede usted decirme sobre la señorita Foss? —preguntó Mason.

—Gladys Foss tiene veintisiete años. Mi marido tenía cincuenta y dos. Una edad más bien peligrosa. Él, bueno, era un hombre. Pasaba con Gladys muchas horas del día. Tenían relaciones muy íntimas y confidenciales.

—¿Y cree usted que esas relaciones llegaron a algo?

Ella se echó a reír y contestó: